

“Juvenilismo intelectual. Sobre algunas crónicas de Manuel Ugarte”

Margarita Merbilhaá

(IdHICS, FAHCE-UNLP / CONICET)

Tanto en Europa como en Sudamérica, términos como “jóvenes” y “juventud” comienzan a designar a un sujeto colectivo recortado dentro del cuerpo social, y por fuera de las clases, durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX, es decir antes del surgimiento de movimientos juveniles como el de la Reforma Universitaria, o los agrupamientos políticos del período de entreguerras en el Viejo Continente.¹ Me interesa aquí estudiar las características específicas que tuvo la construcción de la juventud como unidad social invariable y con intereses comunes (Bourdieu 1984) durante las décadas mencionadas. Así, propongo indagar en los sentidos, tópicos e intervenciones asociados a la juventud, que aparecieron en los discursos de algunos escritores instalados en Europa hacia 1900, y cercanos al movimiento modernista. Me focalizo aquí en las crónicas de Manuel Ugarte, para establecer algunas relaciones con el discurso arielista.²

Quisiera, en ese sentido, situar el siguiente trabajo en la línea de análisis abierta por Carlos Real de Azúa al relacionar el *Ariel* de Rodó con una tradición rioplatense y europea característica de las últimas décadas del siglo XIX: el discurso a la juventud. Según este crítico, el juvenilismo de ese ensayo se caracteriza por ser una alocución sagrada dirigida a los jóvenes y destinada a ofrecerles un rumbo moral hecho de “idealidad”, “desinterés”, “estética de la conducta”. Real de Azúa demuestra minuciosamente que el “sermón” arielista, en tanto apelación a la juventud como grupo destinado a encabezar los cambios necesarios para la evolución social deseada, constituye un tópico ya codificado, que establece continuidades que van de los “discursos rectorales” de Lucio V. López a Ernest Renan o Jules Simon.³

1 Cf. La sección monográfica de la revista *Hispania*, vol. LXVII, n° 225 (enero-abril 2007), a cargo de Sandra Souto Kustrín sobre el tema: “Ser joven en la Europa de Entreguerras: política, cultura y movilización”. Ver también Christine Bouneau (2009); Enrique Martín Criado (1998); Bantigny, Jablonka (2009).

2 Este trabajo se relaciona en parte con mi proyecto más amplio de investigación sobre las redes de latinoamericanos en París entre fines del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial.

3 “Jules Simon, uno de los maestros de la Francia republicana, sostenía que los profesores de filosofía debían ser ‘predicadores laicos’, siempre dispuestos a exaltar el valor del ideal, del servicio devoto a la causa común, la grandeza del potencial juvenil, y el género profuso del ‘discours aux jeunes gens’ parece haber seguido, hasta con monotonía, este guión. Ernest Renan mismo, autoridad máxima sobre el Rodó juvenil, pronunció en 1896 ante la Asociación de Estudiantes de París, un sermón laïque en el que pulsaba bastante puntualmente casi todas las que serían las cuerdas del encordado arielico” (Real de Azúa 1976, X). El autor también menciona entre los “predicadores laicos” a Jules Ferry, Anatole France, Ernest Lavisse, Léon Bourgeois. En América Latina, también hubo discursos a la juventud anteriores a *Ariel*, como por ejemplo, el libro de E. Visconti, *Juventud*, de 1898 que, como destaca Ángel Rama en la cronología a la edición de *Ariel de Ayacucho* de 1976, obtuvo un premio en la Exposición de París de 1900.

Se trata de una concepción dominante en la que el enunciador de esta prédica laica instituye a un grupo, unificándolo en base a la edad biológica de sus miembros, y le confiere a la vez una misión social exclusiva. En la misma época, otras representaciones, más negativas, se inspiran en la sociología leboniana y, más en general, en la sociología positivista. Así, equiparan la juventud a las multitudes y desconfían de la falta de rumbo de los jóvenes, apelando a la necesidad de profetas que las encaucen, como a las masas urbanas. Por último, están aquellas vinculadas a las prácticas militantes del socialismo europeo⁴ que buscó hacer de la juventud uno de los campos privilegiados de su intervención. En el caso de Francia, cabe mencionar a los grupos de estudiantes surgidos a partir del caso Dreyfus, que elaboraron discursos autodefinitorios sobre la juventud, recurriendo muchas veces a una retórica profética.

Como lo registran muchas de sus crónicas, Ugarte conoció a esos grupos durante su residencia en París y esto coincidió a la vez con otros descubrimientos como las manifestaciones del movimiento obrero francés, o la observación de las masas urbanas. Podría decirse, incluso, que fue en esa ciudad donde tuvo, como tantos otros escritores latinoamericanos, su primera experiencia *de multitud*, tal como se desprende, por ejemplo, de la reseña sobre *España Contemporánea* de Darío enviada desde la capital francesa al diario *El País*. Los comentarios de Ugarte, que impugnan la ambivalencia del poeta nicaragüense frente a los sectores populares⁵, encierran supuestos sobre lo popular que aparecen claramente condensados en el siguiente pasaje de la reseña aludida:

Un espíritu elevado, como [el de Darío], no puede oír con indiferencia el sollozo creciente de las multitudes. El arte mismo es, en sí, comunista, puesto que generaliza y reparte lo más noble que hay en el hombre: el pensamiento. ¿Por qué obstinarnos, entonces, en conservar un arbitrario orden de las cosas que nos perjudica, y en combatir otro que pudiera sernos favorable?

Si el ideal del artista es ser libre, ¿cómo no desear la libertad para los demás? Si el corazón de los poetas desborda de ternura, ¿cómo no defender la causa de los que sufren? El fermento popular es la única atmósfera respirable. Quizá Rubén Darío, con quien hemos asistido en París a varios *meetings* tumultuosos, ha sentido ya esa emoción que es el comienzo de la certidumbre.

4 Cabe mencionar, en Argentina, el artículo virulento del Lugones anarco-socialista publicado en *El Tiempo* “¡Paso a los jóvenes!”, de 1896 (Ciria, Sanguinetti 1968: 49-51), que organiza su defensa de los Estudiantes de la Facultad de Derecho en base a la oposición entre la generación de los jóvenes y la de los viejos (denunciando por ejemplo la “tiranía de los viejos”, de los “cráneos regresivos” sobre la “intelectualidad progresista” –casi un neologismo para la época-. El discurso de Lugones refiere también uno de los tópicos dominantes, de demonización y desconfianza frente a la Juventud: “¡Oh, la juventud! Es la bestia negra de todas las decadencias” (51).

5 “Darío confiesa una repugnancia instintiva por los harapos. ‘No gusto mucho –dice- del contacto popular; la muchedumbre me es poco grata con su rudeza y con su higiene’. Le agradan las reuniones populares, por su aspecto oleoso de mar, por su soplo de tormenta, pero individualmente, no siente simpatía por los miserables”. *El País*. Buenos Aires, 10 de julio de 1901: 3.

Por un lado, es posible advertir una mirada miserabilista del autor de la crónica, sobre los sectores populares, que aparecen representados en términos de “harapos”, “muchedumbres hambrientas”, “los que sufren” o, más directamente aún, los “miserables”. Por otro lado, sin embargo, el cronista les atribuye rasgos activos en la determinación del destino de la sociedad (las sociedades) en general, al sugerir el carácter *fermentativo* del pueblo, es decir acumulativo; y al insertar por contigüidad, junto al “sollozo creciente de las multitudes”, la palabra “comunista”, acercando los términos mediante una asociación implícita de ideas. De este modo, el cronista confiere un rasgo de renovación social inminente a “los que sufren”, aunque determinado por fuerzas naturales (la “atmósfera” del pueblo), como corresponde a la matriz positivista que daba forma a los discursos sociológicos, entre ellos aquellos que se conformaban, al decir de Angenot (2000), los “grandes relatos militantes reformadores”.

Ugarte adopta una perspectiva similar cuando se propone examinar a los sectores estudiantiles y a los agrupamientos de jóvenes intelectuales franceses. A lo largo de sus crónicas para *El País*, va construyendo a su vez una estrategia propagandística destinada a presentar las ideas *colectivistas* mediante una retórica eufemística, que atenúa los conflictos de clases y busca presentar a los lectores porteños, y sudamericanos, la marcha progresiva hacia un nuevo estado social como una consecuencia inexorable del progreso de la humanidad. En su defensa de la función social del arte, puede verse además una intervención de Ugarte hacia el interior del espacio literario latinoamericano, que responde a una lógica heterónoma. Esto puede verse, por ejemplo, en el fragmento citado cuando Ugarte interpela a los artistas. Allí retoma casi textualmente las ideas jauresianas acerca del arte, que había reseñado en otra crónica para el mismo diario publicada un año antes, en mayo de 1900, y referida a la conferencia de Jean Jaurès “El arte y el socialismo”. Como he analizado en otro trabajo,⁶ Ugarte combina la estrategia propagandística mencionada, para presentar los debates del socialismo francés y europeo, mediante tópicos del discurso social dedicado al análisis de las sociedades contemporáneas. Así, en la crónica sobre Jaurès, propone una evaluación de ciertos aspectos concretos de la modernización urbana, que se aparta completamente de los análisis del dirigente socialista:

Pero en las grandes ciudades de hoy han llegado las gentes a un grado tal de confusión en las ideas, se han desmoronado de tal suerte los muros que detenían a la razón en su empuje de curiosidad, se encuentran todos tan aislados en medio de la vida, que las multitudes corren de un lado a otro, reclamando un nuevo ideal, una nueva creencia o una nueva mentira, para poder seguir viviendo. Los prejuicios que antes las acorralaban en su ignorancia, han sido

6 Cf. mi artículo “El Jaurès de Ugarte. Un caso de recepción latinoamericana de las ideas de Jaurès sobre el arte”. *Nuevo mundo mundos nuevos*, Sección Aula Virtual/2011, Francia. www.nuevomundo.revues.org, 13/07/2011.

barridos por las revoluciones pacíficas. Las almas han quedado aisladas en medio de un campo vasto. Cuando se dedicaban a derribar supersticiones, tenían un fin. Ahora no tienen ninguno. Por eso piden otras supersticiones. De ahí que en el escenario parisiense surjan Maurice Barrès reclamando una ‘conciencia nacional’ [...], el doctor Papius desenterrando los misterios de la magia, o Mademoiselle Cuesdon refiriendo en malos versos los comentarios del arcángel Gabriel sobre la enfermedad de Rostand. La juventud literaria se encuentra así, como las multitudes: sentada sobre las ruinas de todas las verdades rotas, a la espera de una nueva verdad.⁷

Si al comienzo de la primera frase reconocemos cierto sesgo socialista en la reflexión sobre el aislamiento del hombre al que la ciudad ha desligado de su relación con la naturaleza, la ciudad se presenta luego como fuente de disolución de las certezas, que arroja al hombre hacia el misticismo. En esto puede verse probablemente cierta reminiscencia de una lectura muy difundida en Latinoamérica, a través de la circulación de las editoriales españolas (Real de Azúa), que seguramente Ugarte había leído: *Dégénérescence* del psiquiatra anarquista húngaro Max Nordau, en dos tomos, el primero de los cuales se titulaba *Fin de siglo: el misticismo*.⁸ La referencia a las supersticiones derribadas y a las revoluciones pacíficas no es otra cosa que el señalamiento de los efectos que tuvo el dogma positivista de la ciencia sobre las interpretaciones teológicas del mundo (“Las almas han quedado aisladas en medio de un campo vasto (...). Por eso piden otras supersticiones”). En el mismo párrafo, señala algunas manifestaciones vinculadas a esa pérdida de rumbo de los sujetos modernos, analizadas desde las grillas higienistas y regeneracionistas con el fin de explicar en términos de confusiones, tanto el monarquismo de Maurras como ciertas formas de misticismo superficial, ideas que contrastan netamente con las doctrinas socialistas.

La última frase del fragmento, referida a la “la juventud literaria” sin rumbo, puede resultar algo desconectada de lo inmediatamente anterior. Sin embargo, tiene una doble función: en primer lugar, la vinculación de la “juventud literaria” con ideas renovadoras no estrictamente artísticas es un argumento en contra de la concepción artepurista del arte que tiene el modernismo, por lo que es

⁷ “El arte nuevo y el socialismo” (Ugarte 1902:100).

⁸ Cabe señalar que Nordau publicaba a menudo en la prensa de Buenos Aires, al menos entre 1900 y 1905. Ver por ejemplo sus escritos: “El fin del mundo” (*La Nación*, 1/01/1900, p. 3) y “Cómo civilizamos” (*La Nación*, 25/06/1900, p. 3). Además, figura en el epistolario de Ugarte una carta de Nordau (del 6-9 de enero de 1907), en la que éste le hace comentarios sobre las *Enfermedades sociales* y la *Antología de la joven literatura hispanoamericana* publicada en francés en 1907. El análisis de Carlos Real de Azúa (“Ambiente espiritual del Novecientos”. *Número*. Montevideo, 1950) es fundamental para comprender la relación entre positivismo y la *degeneración* teorizada por Nordau, vivida como el mal del siglo. El autor ha señalado que “Resultó el positivismo el núcleo generador de eso que Joad ha llamado comprensivamente “the world of nineteenth century materialism”; un mundo de sólida materia primordial que se diversifica y afina hasta lo psíquico y que se mueve y perfecciona desde lo inorgánico hasta lo humano, en una ordenada escala en la que cada uno de sus peldaños está determinado por una estricta causalidad desde el inferior. Una de las características más firmes de esta corriente intelectual es la que encarnó ejemplarmente Max Nordau, y su explicación del genio en *Degeneración*. Se han referido a ella, contemporáneamente, Jean Grenier y Arthur Koestler. Es la constante operación disociadora y negativa que explica —y socava— el ámbito superior de los valores por la actuación de lo prosaico, de lo interesado, de lo morboso o de lo inconfesable. Esta filosofía del “no es más que” tendría su más esplendorosa manifestación en toda la construcción derivada del psicoanálisis freudiano; ya gozaba por esos años de una difusión en la que no es posible desconocer uno de los rasgos mentales más tenaces de la modernidad” (22-3).

posible reconocer un primer esbozo de formulación heterónoma (Bourdieu). En segundo lugar, le permite a Ugarte presentar su versión del socialismo como la fe del porvenir, que inexorablemente se impondrá por la fuerza evolutiva. Así, equipara las multitudes con la juventud, depositando en ambas una esperanza difusa, pero algo más confiada que los análisis dominantes de un Le Bon, un Tarde o un Nordau. En efecto, la juventud es presentada como necesariamente unida a la “verdad”, y a la espera de los nuevos rumbos, prometedores, de la historia.⁹ La digresión del texto respecto del tema de la conferencia de Jaurès se cierra entonces con esta imagen de la juventud esperando el advenimiento de la nueva verdad.

Pero hay otras dos crónicas en las que Ugarte termina de dar forma a la intervención juvenilista que propongo analizar en el marco de otras prácticas intelectuales de comienzos de siglo. Se trata de “La juventud francesa” y “La juventud sudamericana”, aparecidas sucesivamente en febrero y marzo de 1901 en *El País*.¹⁰ Ellas también dan cuenta de la heterogeneidad de los componentes ideológicos del discurso ugarteano, al combinar, por un lado, la fe en la ciencia y otras modalidades positivistas de aproximación a los fenómenos sociales y, por otro lado, la fe en el socialismo, concebido en la época como la filosofía de una transformación social hacia el colectivismo.¹¹ Estos principios parecen cumplir una función ordenadora respecto de las alternativas espiritualistas hispanoamericanas, que Ugarte vive como falsas expectativas, y también de las alternativas nacionalistas que comienzan a circular en Europa. En este marco, y teniendo en cuenta el movimiento juvenil antimilitarista, pacifista y anticlerical aglutinado en torno a la defensa del capitán Dreyfus, es posible comprender el interés de Ugarte por determinar qué actores llevarán a cabo la renovación que se creía inscrita en las leyes de la Historia. Como he señalado antes, este juvenilismo que Ugarte construye en los primeros años de su permanencia en París está arraigado en las vinculaciones porteñas del autor con el modernismo, especialmente en el sentido renovador que éste dio a las prácticas de los jóvenes intelectuales. A su vez, guarda una relación, sobre la que volveré más adelante, con el llamado a la Juventud de *Ariel* de Rodó, aparecido un año antes que las crónicas enviadas por Ugarte a *El País* de Buenos Aires.¹²

9 Según este razonamiento, lo bello no aparece definido a partir de valores estéticos, dominantes o dominados en el interior del campo literario, sino en base a criterios externos, provenientes en este caso del campo político. Así, la belleza es identificada con la verdad (política, propia de la filosofía marxista) que, a su vez, se asocia a lo vital, la armonía, la unidad, un estado de la humanidad ideal proyectado en la sociedad socialista, “colectivista”, considerada como etapa superadora de la actual.

10 Ambas aparecieron al año siguiente en *Crónicas del bulevar*. Paris, Garnier, 1902.

11 Como se sabe, una de las consecuencias de esta combinación ha sido el grado en que quedó diluida la reflexión en torno a la revolución y al lugar de la vanguardia histórica en ésta.

12 Ugarte, lector de la prensa española, tuvo probablemente noticias inmediatas de la aparición del libro por la vía periodística: las primeras reseñas de *Ariel* pertenecieron a españoles (Unamuno, Valera, Clarín, Gómez Baquero, Rueda, Altamira) y aparecieron en diarios y revistas españoles entre abril de 1900 y enero de 1901 (*Revista crítica*, *El imparcial*, *La lectura*), aunque hay que mencionar la del uruguayo Pérez Petit en *El Mercurio de América* en mayo-junio de 1900, la del venezolano César Zumeta en junio de 1900 y la del chileno Eduardo Lamas en 1901. Ahora bien, los datos

“La juventud francesa” ilumina el camino a “La juventud sud-americana”¹³

Las crónicas citadas en el título de este apartado fueron publicadas una después de la otra en el periódico porteño mencionado, a comienzos de 1901. Resultan claves para comprender el tipo de intervención intelectual que realiza el escritor, pero también que imagina y que aconseja a sus coetáneos americanos. En este sentido, la forma sucesiva de su aparición en el diario hace que queden vinculadas las dos juventudes aludidas en los títulos de cada una. Este vínculo se enfatiza, por supuesto, en la evidente cercanía temática de ambas crónicas.

La primera crónica provee el marco ideológico a la otra. La segunda adopta más abiertamente, como veremos luego, la forma de una interpelación o de un llamado a la juventud. Pero sobre todo, apenas un año después de la aparición de *Ariel* de Rodó, Ugarte sienta las bases de un juvenilismo que es necesario entonces analizar en el marco de enunciación del sermón rodoniano y sus tópicos. En contraste con éste, la intervención de Ugarte incorpora las apelaciones del socialismo a la juventud, especialmente las de Jean Jaurès y de los artistas que se declaran *dreyfusards* detrás de Zola y luego de Anatole France.¹⁴ Así, es posible analizar los sentidos en disputa, como también las convergencias de los dos escritores tanto en la concepción como en las invocaciones a la juventud.

La crónica de Ugarte sobre la juventud francesa constituye, desde el punto de vista retórico, un buen ejemplo de las modalidades de la escritura ugarteana: ésta combina una enunciación propagandística militante, con un intento *cientificista* de presentar una descripción sintética o general del debate político de ideas (las *tendencias*, en los términos de la época), adoptando un enfoque sociológico. De este modo, la estrategia propagandística consiste demostrar, jauresianamente, el carácter inexorable de la marcha, progresiva, hacia el colectivismo, mediante la descripción de un estado actual prometedor de la sociedad francesa. Pero lo hace en un modo elusivo, eufemístico, atento a la recepción de las ideas “renovadoras”, por parte de los destinatarios de la crónica. Es por eso, entonces, que primará la descripción antes que otras estrategias más propias del discurso político. Por supuesto, este segundo gesto responde a los imperativos del género crónica, de allí que predominen descripciones propias de un estudio científico –acotado al modo

suministrados por Real de Azúa (“Prólogo” de *Ariel*. Caracas: Ayacucho, 1976: XX y notas 19 y 25) señalan que Rodó desplegó una estrategia muy cuidada de difusión de su libro hacia Hispanoamérica por vía postal (con dedicatoria y carta adjunta y valiéndose de una larga lista de direcciones), más allá de la rapidez con que se vendieron los ejemplares en las librerías uruguayas. Ahora bien, según este crítico, la difusión y el éxito continental del libro fue casi inexistente al comienzo, y se produjo con la reedición de Sempere, en 1908, cuya red distribuidora abarcaba todo el continente. Esto permite inferir que en los primeros años, se trató de un debate entre intelectuales.

13 (Ugarte 1902, 49- 67 y 69-86 respectivamente).

14 Los escritores jóvenes nucleados en *La Revue Blanche* (Rebérioux 1975); en la revista *Naturiste* a quienes Ugarte conoce (Saint George de Bouhélier; Eugène Montfort, y otros que menciona en la crónica). También debe tenerse en cuenta las reuniones públicas organizadas por el Grupo de Estudiantes Colectivistas, de gran dinamismo durante el *Affaire Dreyfus* (Bouneau 2003).

poco sistemático del género, como él mismo aclara -.

Así, la crónica se estructura en dos momentos: una primera exposición general, inscripta en una retórica propia del “estudio” o el análisis que intenta sistematizar tendencias en el estado presente de una supuesta línea de evolución cultural (que en el texto se lee como tendencia de orden moral). Del panorama ofrecido se desprende que la “marcha hacia la ‘plena verdad’” (66) –imagen típicamente jauresiana- resulta inexorable. Un segundo momento está dado por la presentación de noticias destinadas a apoyar las clasificaciones anteriores. A su vez, son dos las noticias que servirán a Ugarte de ocasión para exponer a los lectores porteños un estado general del debate político en la sociedad francesa, que aspira a ser más que alentador: la reciente creación de iniciativas de pedagogía popular y el Congreso de la Juventud celebrado en París unos días antes de la publicación del artículo. Con respecto a la primera noticia, Ugarte informa sobre la reciente creación de la Escuela de Altos Estudios Sociales fundada por universitarios, científicos e intelectuales con cargos públicos, de tendencia republicana y partidarios de Dreyfus. El detalle de los cursos y conferencias se analiza como una “nueva tentativa de evolución hacia el ideal y un nuevo medio de emancipación ofrecido a la juventud” y su objetivo se sintetiza como el de “enseñar a la juventud el mecanismo y el estado de la sociedad en que debe vivir”, mientras se dice que ciertas conferencias sobre la organización obrera, “trabajo, salario y aspiraciones”, están destinadas a que “la juventud ten[ga] una noción clara de lo que es la sociedad actual y de las reformas que exige”. En ese marco, “las Universidades Populares”, “las conferencias” y “cooperativas” que se “multiplican” son presentadas como indicios de la reconstrucción de una Francia derrotada en 1871, y permiten al cronista refutar los discursos sobre la decadencia francesa de las últimas décadas del siglo XIX.¹⁵ Ugarte contrasta un pasado reciente marcado por la derrota ante Alemania y las crisis político-institucionales, con un presente dado por la acumulación de “esfuerzos generosos” (49) que al confluir, “[i]ende[n] a difundir la ciencia y determinar una época mejor”.

Con este énfasis propagandístico solapado, Ugarte enumera indistintamente como señales del mejoramiento de una época, tanto las iniciativas surgidas de formaciones artísticas *dreyfusardes*, - el Colegio de Estética Moderna- y otros grupos también defensores de Dreyfus, como otras no igualmente afines al socialismo: la Escuela de Altos Estudios Sociales, por ejemplo, que el cronista define como una Universidad Popular que “enseñará todo lo que se calla en las universidades oficiales” (58) – aunque, de hecho, estuviera organizada por rectores de universidad y funcionarios

15 Estos discursos habían surgido como respuesta de las clases dominantes a la crisis política y social que siguió a la pérdida de Alsacia y Lorena en la guerra franco-prusiana y a la Comuna de París. Más adelante, reaparecieron durante la conmoción provocada por el caso Dreyfus y en medio de numerosos conflictos sociales y huelgas del movimiento obrero francés. A esto se sumaban las crisis de los gobiernos sucesivos de la *III^e République* proclamada en 1877, al votarse una nueva Constitución (Cf. Rebérioux 1975).

de gobierno (Alfred Croizet, decano de la Facultad de Letras de París; Emile Duclaux del Instituto Pasteur o el Ministro de Comercio Fontaine):

Se trata de una Universidad donde se enseñará todo lo que se calla en las Universidades oficiales. Tiene el carácter de una protesta. Y es muy digna de atención puesto que la vemos formulada por notabilidades que han dirigido y dirigen actualmente la enseñanza superior en Francia (58-9).

Este fragmento ilustra bien el intento de Ugarte de garantizar una aceptación favorable de parte de los lectores argentinos, recurriendo a la legitimidad científica de la nueva universidad, pero sin dejar de señalar al mismo tiempo el carácter disconformista de los emprendimientos novedosos. En este sentido, se advierte que para el autor, junto a la, las instituciones mencionadas cumplen una función difusora de la ciencia y, como una consecuencia natural de esto, tienen el papel de orientar los cambios futuros. Como bien describió Angenot, en este gran relato militante convergen, por un lado, la fe en la ciencia, que aparece como la garante de la transformación social y por otro, la fe en el porvenir. Así puede leerse en la crónica:

Los grandes sabios como Buisson, Reclus y Monod levantan su cátedra en la plaza pública. Y todo parece tender a difundir la ciencia y *determinar* una época mejor. Es una nueva era que se abre, después de clausurada la Exposición, y en la que la juventud francesa desempeña un papel preponderante. Siempre es la juventud la que decreta el porvenir. El siglo que empieza *trae el germen* de grandes luchas nebulosas, y es difícil saber cuál será el *resultado del choque* de tantas ideas exasperadas y tantas concepciones antagónicas. Las nuevas generaciones deben cortar el nudo. Por eso es curioso *seguirlas en su evolución* y sorprenderlas en sus preferencias actuales (49-50).

Junto a la difusión de la ciencia, entonces, hay también agentes históricos encargados de determinar los cambios: las nuevas generaciones. Partiendo de este postulado según el cual la ciencia y la juventud serían motores de los cambios, Ugarte fundamenta la necesidad de examinar su “orientación” en el presente, para poder *predecir* las sociedades futuras, otra de las claves hermenéuticas de la ciencia social de la época que adoptará incluso el socialismo científico (Angenot 85). El cronista recurre muchas veces a una retórica darwiniana para aplicar este análisis científico a lo social. Así, justifica la decisión de examinar en la *juventud*, tanto su “evolución” como el rumbo que estaría en “germen” en las luchas nebulosas inscriptas en la historia; en este mismo sentido se entiende el intento de explicar las divisiones entre los jóvenes a través de causas de orden fisiológico, ambiental y psicológico;¹⁶ o también, de relevar la “clasificación [que] se hizo” (51) o de constatar la “selección [que] había sido preparada” (53). Esto también aparece cuando el autor analiza que a raíz del caso Dreyfus,

16 Por ejemplo, cuando escribe que a raíz del caso Dreyfus, “las gentes se declararon instintivamente revisionistas o antirevisionistas. (...) Según predominase en ellos la energía o el sentimentalismo, estaban fatalmente destinados a ser enemigos o defensores del capitán Dreyfus. La conformación cerebral, la educación, las lecturas y, sobre todo, el sistema nervioso, bastaron para delimitar los bandos...” (51).

Las gentes se declararon instintivamente revisionistas o antirevisionistas. Se puede decir que lo eran desde antes del error judicial. Según predominase en ellos la energía o el sentimentalismo, estaban fatalmente destinados a ser enemigos o defensores del capitán Dreyfus. La conformación cerebral, la educación, las lecturas y, sobre todo, el sistema nervioso, bastaron para delimitar los bandos, de manera que los polemistas de un partido y de otro trabajaron sobre multitudes ya regimentadas (51).

De este modo, sostiene Ugarte, la juventud había sido llevada a elegir entre dos tendencias, que el asunto Dreyfus había “clasifica[do] definitivamente”: por un lado, los “individualistas, enamorados del principio autoritarios, los habituados a obedecer o a mandar, los hombres de iglesia o de cuartel: el mundo viejo”; por el otro, “los altruistas, los científicos, los habituados a razonar y a descubrir la vanidad de los dogmas: el mundo nuevo”. Como si buscara correspondencias con las tensiones de la sociedad francesa en el presente, Ugarte distingue entre dos juventudes basándose en la clasificación general anterior. La primera es definida con ironía como egoísta, epicuriana, bulliciosa y fácilmente “adaptada al mundo”, mientras que la segunda está formada por los “tímidos, los estudiosos, los que habían sufrido injusticias, los que imaginaban una civilización superior a la actual” (53). La primera se ampara en una “contramoral cínica” inspirada según él en las obras de Nietzsche que les proporcionaba “una justificación y una bandera rara” y una “doctrina [que] era ‘el cultivo del yo’” (54), cuya existencia consistía en “acumular sensaciones” (56).

En cuanto a la segunda, ante la cual el cronista no oculta su preferencia, la considera “más numerosa y considerablemente más sincera, que se inspiraba en Bakunine (sic.), Karl Marx y Tolstoi. Proclamaba su fe en la vida y en la naturaleza y tenía la inmensa ventaja de ser una juventud *joven*” (56). Esta última definición redundante es reveladora del valor esencial que el cronista atribuye a lo juvenil. Al mismo tiempo, lo asocia a una constelación de valores, representaciones y discursos políticos cuyos usos eran, a comienzos del siglo XX, propios de las retóricas militantes socialistas. El mero momento biográfico pasa a tener, de este modo, un sentido capaz de distinguir a un grupo respecto de otro, dentro de ese colectivo uniforme de la *juventud*. En este aspecto, lo *joven* se define por su sentido político transformador y se ve asociado a un ethos vitalista anticonservador. Es en este sentido que el juvenilismo como conjunto de tópicos y modelos de acción está asociado, en Ugarte, al igual que en el socialismo, a términos como *porvenir o elemento dinámico capaz de impulsar el cambio*, como puede apreciarse en la descripción siguiente:

...traía una gran confianza en el porvenir y un deseo violento de reformar las cosas y componerlas de una manera equitativa (...). No era un grupo de ideólogos ni una reunión de adolescentes obstinados en ensayar una *pose*. Formaba una corriente de hombres sanos, que salían de las Universidades armados para la vida, con una base sólida de positivismo, defendidos por convicciones y empujados por esperanzas (...). Eran partidarios de una evolución hacia la humanidad. Y es natural que, en el caso Dreyfus, fueran defensores de la justicia (56-57).

Aquí podemos señalar una diferencia clara con el juvenilismo de Rodó.¹⁷ En efecto, la contraposición de los dos tipos de juventud supone, en el caso de Ugarte, que los jóvenes están insertos en conflictos propios de cada época (de “cada ambiente”, para decirlo en sus términos) de modo tal que eso ya implica que puedan tener un rol político activo en el curso histórico. Así, el juvenilismo ugaritano enunciado en base a la retórica socialista, adopta, en el contexto latinoamericano, sentidos alternativos respecto del juvenilismo arielista.

Esta forma argumentativa se corresponde con la formulación de dicotomías que estructuran muchas de las crónicas del autor. Esta forma discursiva es constitutiva de su lugar de enunciación, situado a menudo en la intersección entre la adhesión a reformas progresivas y la creencia en el colectivismo *final*; entre la heterodoxia del pensamiento socialista y la asimilación de las ideologías liberales que concebían el progreso como una fuerza natural de superación humana.¹⁸ El uso predominante de la antítesis, en el discurso de Ugarte, se relaciona con una tensión que es constitutiva de su trayectoria política e ideológica, marcada por fuertes contrastes entre sus disposiciones biográficas ligadas a su origen burgués, y las tomas de posición vanguardistas que adopta en el campo político. De manera análoga, puede decirse que en el espacio literario, Ugarte se inicia con prácticas literarias inscriptas en el movimiento modernismo pero va adoptando una posición ambigua, marcada por la heteronomía en sus tomas de posición estéticas. A su vez, su progresiva intervención intelectual lo va alejando de la consagración literaria, registrada en la poca visibilidad de su figura, pasada la década de 1910.

En la crónica sobre “La juventud francesa”, las formas antitéticas funcionan como posibilidades discursivas en las que Ugarte ensaya el difícil acercamiento e incluso la armonización de tendencias que de hecho resultan irreconciliables. La presencia contigua –en la escritura– de realidades antagónicas, puede verse tanto en lo analizado anteriormente, en términos de una eufemización del carácter subversivo de prácticas y discursos políticos anticonformistas, como en la omisión –y por lo tanto, negación– del antagonismo de los discursos e ideologías evocados. Este borrado de los aspectos conflictivos puede verse en varios sintagmas que llegan a acercar horizontes ideológico-políticos contrapuestos. Así, por ejemplo, Ugarte se refiere vagamente a las “innovaciones acertadas y atrevidas” en conferencias como la del “secretario del Ministerio de Comercio, M. Fontaine, sobre la organización obrera”. Esto alcanza grados de conciliación voluntarista (entre lo *revolucionario* y lo *conservador*) como en la siguiente conclusión que expone

17 He comparado otros aspectos de las intervenciones de Rodó y Ugarte en una ponencia de 2009, “Rodó y Ugarte: programas para el rescate de América Latina” (Cf. Bibliografía).

18 Esta misma crónica ofrece un fragmento de dicha ideología, que convive al menos en la textualidad con otra concepción más resistente al pensamiento dominante: “La insensatez de los que confían en la eficacia del bien, es quizás la mejor tentativa de religión. Todos los progresos realizados hasta hoy son debidos a los hombres, los partidos o las naciones que han tenido la audacia de confiar en un principio generoso” (58).

tras reseñar el debate sobre el servicio militar, en el Congreso de la juventud francesa de enero de 1901, que cierra la crónica:

El espíritu revolucionario de Tolstoi ha penetrado hasta el corazón de los mejores conservadores. La discusión se hace más tibia. Todos parecen estar de acuerdo. Y cuando Eugène Montfort habla de las tendencias literarias de la nueva generación, ‘enamorada de vida, de verdad, de claridad’, todos los delegados se reconcilian, para manifestar sus simpatías a la escuela naturista y a su fundador Saint-Georges de Bouhélier.

El Congreso de la juventud ha tenido la cordura de no votar ninguna decisión final. Se ha contenido con remover las ideas. (...) Pero el Congreso ha sancionado un principio elemental, que dará nuevos rumbos: la necesidad de influir sobre la vida (66).

Con la noticia sobre el Colegio de Estética Moderna creado en el barrio parisino de Montmartre, Ugarte pasa de la descripción de las posiciones políticas que en él se enfrentaban, a la defensa heterónoma del rol social del arte. En este sentido, como veremos luego en la crónica sobre la juventud sudamericana, Ugarte expresa una cierta reserva frente al esteticismo modernista, aun cuando se esté refiriendo a las diferencias en torno al caso Dreyfus:¹⁹

Representan dos tendencias, independientes de un caso particular como es el caso Dreyfus. Aquéllos continúan buscando rimas raras, acumulando paradojas y quemando vidas artificiales; éstos persisten en empujar verdades, influir sobre los acontecimientos y luchar por el triunfo de la verdad.²⁰

Si la idea predominante en la crónica es que la juventud aparece como un sujeto destinado a encarar las fuerzas del cambio y la evolución, está presente a la vez, en el desarrollo de la misma, otra concepción de la juventud que esbozamos antes. Esta puede verse cuando el escritor menciona las universidades y otros espacios del intercambio intelectual entre las formaciones artísticas parisinas.²¹ Según esta segunda concepción, la juventud es el destinatario de los discursos socializantes y el receptor de las enseñanzas impartidas por intelectuales o especialistas provenientes de las esferas gubernamentales o de instituciones educativas del Estado; en dicha concepción está implicado el magisterio laico y social de los intelectuales. Entonces, la juventud aparece como el sujeto capaz de “encarar sin miedo la verdad” y ante todo como motor de la acción, pero una acción que se deja guiar por profetas laicos, en este caso, los presidentes honorarios de las instituciones mencionadas (Zola, France, Charpentier, Rodin, Descaves), cuyos principales exponentes son hombres de ciencia. Ugarte Intenta siempre subrayar la legitimidad de estas tendencias y formaciones, encauzándolas en un sentido positivo de la evolución social. “Ya no queremos hacer la

19 Ugarte ya planteaba diferencias con el modernismo cuando animaba *La Revista literaria* en Buenos Aires, entre 1895 y 1896.

20 Ib. 57. Ese distanciamiento respecto del modernismo puede leerse en el uso reiterado del adjetivo “raro” (como en el fragmento citado) a lo largo de la crónica, que sin duda remite a *Los raros* de Darío, para calificar el *habitus* decadentista atribuido al artista que de alguna manera dicho libro sintetiza: “Y todos los *snobs* en busca de originalidad llamativa, encontraron en [las obras de Nietzsche] una justificación o una bandera rara” (54).

21 El Collège d’esthétique moderne o la revistas *L’Effort*, *La revue naturiste* y *L’Oeuvre Sociale*

revolución, sino acelerar la revolución” dice por ejemplo Eugène Montfort, uno de los escritores que aparecen mencionados en la crónica, una fórmula dictada en el también mencionado Colegio de Estética Moderna, que cifra esta utopía difusa.²²

Otro rasgo del juvenilismo de Ugarte, también señalado antes, reside en la perspectiva heterónoma con que define algunas tomas de posición estéticas, en una suerte de indistinción entre juventud política y juventud artística y literaria que lo lleva a asociar las posturas conservadoras en política (en particular, el monarquismo y el nacionalismo) con tomas de posición artepuristas, a las que califica como “aislamiento somnoliente”, “culto del yo” e “indiferencia”. Esta politización de los discursos sobre el arte recupera criterios estéticos del romanticismo que resultaban ya residuales, tales como la *belleza* y el *ideal*, a la vez que abreva, por supuesto, en la doctrina tardorromántica del arte social. Así se entiende que Ugarte ponga en duda la defensa de una u otra doctrina en base al “punto de vista del arte”, que en su argumentación aparece como demasiado lábil :

Est[e punto de vista del arte] haría casi suponer que el arte se presta a todas las fantasías, puesto que de él se reclamó también D’Annunzio cuando se convirtió al colectivismo. Pero sería aventurado suponer que los hombres se definen por la república o por el imperio, influenciados por la riqueza de la rima. No es juicioso que la suerte de una nación esté a la merced de un soneto (62-3).

La estructuración dicotómica de la argumentación aparece también en la noticia sobre el Congreso de la juventud que cierra la crónica. El escritor se detiene en la amplia diversidad de posiciones, pero no deja de insistir en el carácter armonioso del ambiente, pese a las diferencias. Una vez más, el énfasis está puesto en el carácter más “tibio” de la discusión. Así es como destaca, a propósito del Congreso de la juventud, una supuesta suspensión de los antagonismos ideológicos, al haber sancionado éste un “principio elemental”: la “necesidad de influir sobre la vida”, el abandono de las “indiferencias de antaño [que] han pasado a la historia”; el “interés [de todos] en reformar o conservar lo que les rodea”, más allá de diferencias entre los jóvenes, que serían apenas divergencias de “intensidad de aplicación” de las reformas. Como ya he señalado, este mecanismo encierra sin duda una forma de denegación del carácter irreductible de pugnas ideológicas que no responden más que a los conflictos de intereses propios del mundo capitalista. Pero Ugarte aspira a resolver discursivamente las diferencias, en una síntesis superadora formulada mediante tópicos vitalistas.

Significativamente, este modo denegatorio resulta aún más efectivo cuando se trata de interpelar regiones periféricas como Hispanoamérica y sobre todo, de volver atractivos discursos políticos socialistas si no radicalmente transformadores, al menos anticonservadores. Así se entiende esta suerte de lección que indica Ugarte al concluir su crónica: “en España y América”, las

22 Monfort, Eugène. *La beauté moderne. Conférences du Collège d’Éthétique (février-juin 1901)*. Paris, La Plume, 1902. Trad. mía.

concepciones antagónicas también debían hallar un punto de acuerdo, que el cronista encuentra resumido en el objetivo supuestamente unánime de los congresistas, de “ocuparse del bien común”. En esta suerte de reconvención hecha a los jóvenes, quienes están en la mira de Ugarte son las generaciones intelectuales y artísticas de América, llamadas a abandonar una supuesta indiferencia originada en el artempurismo modernista, para orientarse así hacia el vitalismo de un yo capaz de intervenir en su entorno.

La siguiente crónica, denominada “La juventud sud-americana”, formaliza aún más, mediante varias estrategias, la interpelación a la juventud como sector político destinado a la intervención intelectual. En primer lugar, Ugarte busca plantear más directamente la discusión sobre las modalidades del compromiso juvenil que los sudamericanos necesitarían. No sólo menciona explícitamente su crónica anterior sobre la “juventud francesa”, sino que retoma las ideas allí expuestas, en particular la necesidad de abandonar las “indiferencias”. En este sentido, contrapone, en base a una clasificación moral, los apasionados por la vida – el eufemismo referido a los adeptos de las reformas- a los “desinteresados por todo”. Pero esta vez, mediante una retórica mucho más argumentativa, defiende la necesidad de que se incrementen los jóvenes “estudiosos” para que puedan realizarse los cambios. Aquí puede verse la confianza particular que deposita en los intelectuales, y la postulación de una moral de intelectual basada en la legitimidad del “estudio” y en la “voluntad de saber que empuja a algunos hombres a discutir con su conciencia” (77). Esas serían las formas de dejar atrás la “pereza nativa” o, también, cierta superficialidad visible en la imitación de “ideas comunes” que ahogarían la “propia personalidad” (73).

En segundo lugar, la argumentación se organiza en torno a dos referencias de autoridad, para luego concluir en un manifiesto juvenilista destinado a los sudamericanos, cuyo programa y lugar de enunciación distan mucho del sermón de Rodó. El primer argumento de autoridad aparece en el marco ficcional de un diálogo, referido en la crónica, entre un “Profesor de la Sorbona” y un estudiante sudamericano cuya identidad no se menciona.²³ El anonimato del estudiante torna más legítima la intervención ugarteana porque vuelve impersonales las palabras enunciadas por aquel joven que, en la crónica, se dirige a la juventud luego de conversar con el profesor francés. El carácter anónimo de la conversación hace que las ideas debatidas sean llevadas a un plano general, acentuándose de este modo su carácter irrefutable y universalmente compartido. Además, en un gesto antiarielista, no se trata aquí de hacer del profesor un maestro imaginario que da consejos y advertencias, sino que el cronista recurre a la forma dialogada, realizando así el lugar del interlocutor

23 “El reciente folleto de Miguel de Unamuno sobre la educación y nuestra crónica anterior sobre la juventud francesa, dieron lugar a un animado diálogo entre un profesor de la Sorbona, el Dr. X, y un estudiante argentino:

— En resumen, -dijo el profesor después de algunas frases, ¿la juventud de su país es indiferente o es reformadora?” (69).

joven. Contrariamente a la posición de Próspero, predomina en la crónica una ficción de intercambio igualitario de posiciones, que sólo se distancian por la diferencia generacional, lo que se ve reforzado por las marcas de informalidad que presenta la conversación²⁴. Este rasgo acerca incluso el intercambio al modelo periodístico reciente de la *interview*.

El otro argumento destinado a defender la necesidad de una formación rigurosa de la juventud, se presenta a través de la reseña que hace el cronista, de un folleto de Unamuno sobre la educación, publicado poco antes del artículo. Pero al citar los argumentos de ese ensayo, Ugarte busca ampararse en la autoridad que ejercía su autor respecto de la “juventud hispano-americana”. Esta referencia le permite de este modo insistir en su defensa del estudio como un fin social, y sobre todo, en la necesidad de una “educación más racional” (76), capaz de ejercer un juicio crítico sobre el mundo.

Pero puede leerse otra intervención contraria a la arielista, que aparece sobre todo en definiciones alternativas de la identidad juvenil sudamericana que, al igual que en la crónica anterior, politizan sus rasgos. Este rasgo va de la exhortación a “tener opinión sobre todas las cosas”, a la exigencia de precisión en las ideas, destinada a erradicar el peor de los males de la *política criolla* que, para Ugarte, significa la tendencia a la oposición sistemática, insensata e impulsiva. Si *Ariel* se presentaba como un programa espiritualista, según el cual las tomas de posición de los estudiantes reunidos alrededor del maestro Próspero, se centraban en el fortalecimiento de la “voluntad individual” (Rodó 5) para preservar la *civilización* de los avatares del progreso material, la intervención de Ugarte se construye en cambio como programa de acción pública que requiere una “vida intelectual” desarrollada.

Si para ambos escritores el modelo de conducta está en Europa y en Francia, Ugarte se basa— a diferencia de Rodó— en el diagnóstico según el cual la humanidad ha “llegado al nudo de la historia contemporánea”. A partir de esto, buscará especialmente los signos de aparición de “nuevas aspiraciones que fermentan” y que evidencian el carácter “transitorio” de la sociedad actual. También aquí el autor despliega la estrategia propagandística socialista analizada en la crónica sobre “La juventud francesa”, al postular eufemísticamente, la insoslayable inminencia de una sociedad igualitaria. El cronista se enmascara detrás de autoridades indiscutibles, para interpretar el sentido de la supuesta evolución humana:

Pero sólo es posible preparar el porvenir trabajando sobre el presente (...) En el momento actual, especialmente en este recodo peligroso y terrible de la historia, la juventud puede

24 Por ejemplo, ante la confesión del estudiante respecto del escaso número de “estudiosos”, el profesor “murmura”:

-Si es así (...) tienen ustedes revoluciones y desorden (sic) por años.

- Es que somos un país libre, -rectificó el estudiante, con cierto orgullo irrespetuoso- y no nos sometemos a nadie.

- Precisamente, -replicó el profesor con calma- la libertad no consiste en hacer oposición a todos los Gobiernos, sino en saber cuál es el Gobierno que se quiere” (70).

detener o precipitar ciertas corrientes y dirigir hacia un punto u otro del horizonte la barca abandonada de la sociedad. El mundo ha llegado a un grado tal de madurez, que es posible darle, sin esfuerzo, la forma deseada. Es el momento de determinar un empuje decisivo hacia la emancipación. Sin tomar la etiqueta inmediata de ningún partido y sin comprometer bajo ningún pretexto nuestra libertad de acción, debemos sostener, ayudar y alentar las ideas liberales, marchar hacia el progreso moral, ensanchar nuestras concepciones de la vida, sacudir los prejuicios, ennoblecer las ideas y poner todos los días en nuestra acción un poco más de generosidad, de bondad y de justicia. La evolución reciente nos empuja hacia una vida más aligerada de animalidad y más accesible al altruismo. (82-3)

...*Juventud* quiere decir generosidad y entusiasmo. Debemos creer y obrar. No imitemos a los escépticos, que se abandonaban a la existencia sin voluntad, como barcas vacías. Somos el pensamiento y la fuerza. Tenemos un pie sobre el pasado y otro sobre el porvenir. Nos sentimos bien preparados para la lucha (84)

...Los jóvenes cederán paulatinamente al deseo de realizar un ‘más allá’ y dar forma práctica a sus sentimientos altruistas, tratando de atenuar las desigualdades y hacer reinar mayor equidad entre las gentes. Pero aparte de determinadas doctrinas filosóficas que sólo nos asustan cuando las ignoramos, la juventud no puede menos que estar de acuerdo con el pensamiento de Miguel de Unamuno y con las opiniones del doctor X, profesor de la Sorbona. El siglo que se abre será el campo de batalla de dos tendencias decisivas que alcanzarán su Austerlitz o su Waterloo. Una se dirige hacia el pasado y otra se aventura hacia el porvenir... (85).

Este alegato en favor de la acción resume claramente uno de los sentidos de la intervención intelectual ugarteana: lejos de constituirse en un intelectual de partido, Ugarte privilegia formas larvadas de propaganda. Pero, a la vez, sus tomas de posición políticas lo acercan claramente a la vertiente jauresiana del socialismo europeo.²⁵

Es por eso que, aun cuando escriba, en otra crónica del mismo año, sobre una noticia pasajera, como el viaje en globo dirigible de Santos-Dumont entre Saint-Cloud y la Torre Eiffel,²⁶ Ugarte puede insistir, sin mayores dificultades retóricas, sobre un tópico vitalista detrás del cual es posible leer esa difusa utopía de un colectivismo que depara irreversiblemente el porvenir. Así, llega a contraponer el “sonambulismo de las vidas inútiles” a otra juventud, sosteniendo una moral de la acción (cifrada en la *voluntad*, el *estudio* y la *destreza*) y que proyecta sin dificultades sobre la “energía” del aviador brasileño: Santos Dumont representa, ni más ni menos, que “un ejemplo más de esa juventud laboriosa y audaz que hoy surge en todas partes como una germinación inesperada” (291).²⁷ Dentro de una dinámica histórica específica, como la de comienzos del siglo XX, en que la

25 Así, entre 1900 y 1902, el destinatario está lejos de ser el proletariado; son los lectores del diario *El País* (que el estudiante sudamericano menciona explícitamente) y en mayor medida los intelectuales hispano-americanos.

26 “Globos dirigibles”. *El País*, octubre de 1901 (en *Crónicas del Bulevar*, 1902: 287-291).

27 “Una voluntad inteligente le guió desde sus primeros pasos. Y, en vez de disipar la riqueza, se dedicó a poner una excusa de gloria sobre el capital de su padre” (291). La crónica “Globos dirigibles” apareció primero en *El País* de Buenos Aires, el 19 de octubre de 1901. En su síntesis de la vida de Santos-Dumont, aparece además en germen una autoimagen de la propia posición, en tanto va abandonando referencias concretas y adopta un tono generalizador: la historia de este aviador, al que describe como “hijo de millonario”, le resulta así “edificante” por el modo en que ha desertado de su entorno y se ha dedicado a la resolución de problemas prácticos, ennobleciendo la mera fortuna familiar.

categoría de juventud se encontraba en estado de elaboración, he intentado describir, en el discurso de Ugarte y su comparación con el de Rodó, los rasgos que fueron construyendo a la juventud como un grupo social destinado a asumir un rol político activo, transformador.

BIBLIOGRAFÍA

- Angenot, Marc. *Les grands récits militants des XIXe et XXe siècles. Religions de l'humanité et sciences de l'histoire*. Paris : L'Harmattan, 2000.
- Archivo General de la Nación. *El epistolario de Manuel Ugarte (1896-1951)*. Dir: Graciela Swiderski. Buenos Aires, AGN, 1999.
- Bantigny, Ludivine, Jablonka, Ivan (dir.). *Jeunesse oblige. Histoire des jeunes en France, XIXe-XXIe siècle*, PUF, 2009
- Bouneau, Christine. *Socialisme et jeunesse en France (1879-1969): acteurs, discours, moments et lieux*. Bordeaux: Maison des Sciences de L'Homme d'Aquitaine, 2009.
- “Être jeune et socialiste au début du XXe siècle”. *Revue de l'Office Universitaire de recherche socialiste* n° 24, septiembre 2003: 29-43.
- Bourdieu, Pierre. “La ‘jeunesse’ n’est qu’un mot”. *Questions de sociologie*. Paris: Éditions de Minuit, 1984: 143-154.
- Les règles de l'art*. Paris: Seuil, 1992.
- Camarero, Hernán, Herrera, Carlos Alberto (eds.). *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*. Buenos Aires: Prometeo, 2005.
- Ciria, Alberto; Sanguinetti, Horacio. *Los reformistas*. T. VI de *Los Argentinos*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1968.
- Criado, Enrique Martín. *Producir la Juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Akal, 1998.
- Charle, Christophe. *Naissance des intellectuels*. Paris : Seuil, 1989.
- Dalmaroni, Miguel. *Una república de la letras. Lugones, Rojas, Payró. escritores argentinos y Estado*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2006.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude. *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- Jaurès, Jean. *Oeuvres. Critique littéraire et critique d'art* (t.16). Paris : Fayard, 2000.
- Merbilhaá, Margarita. “El Jaurès de Ugarte. Un caso de recepción latinoamericana de las ideas de Jaurès sobre el arte”. *Nuevo mundo mundos nuevos*, Sección Aula Virtual/2011, Francia. www.nuevomundo.revues.org, 13/07/2011.
- “Rodó y Ugarte: programas para el rescate de la América latina”. Actas del VII Congreso internacional Orbis Tertius de Teoría y crítica literaria. La Plata, Centro de Teoría y Crítica Literaria, FAHCE, UNLP, 18 al 20 de mayo de 2009. <http://www.orbistertius.unlp.edu.ar/congresos/viicitclot/ActasVII>
- Miranda, Marisa A. y Vallejo, Gustavo. *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: FCE, 2005.
- Monfort, Eugène. *La beauté moderne. Conférences du Collège d'Ésthétique (février-juin 1901)*. Paris, La Plume, 1902. www.gallica.fr
- Pernot, Denis. *La jeunesse en discours (1880-1925). Discours social et création littéraire*. Paris: Champion, 2007.
- Prislei, Leticia. "Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (Del fin del siglo a la década del '20)". *Entrepasados* II, 2, Buenos Aires, 1992: 41-59.
- "Los intelectuales y el socialismo: Juan B. Justo, el partido y el arte" en *Entrepasados* 18/19, Buenos Aires, 2000: 53-63.
- Rama, Ángel. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Angel Rama, 1985.
- *La ciudad letrada*. Montevideo: Fundación Angel Rama, 1995.
- Real de Azúa, Carlos. “Prólogo a Ariel”. Rodó, J. E., *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Ayacucho, 1976.
- “El modernismo literario y las ideologías”, *Escritura, a. II, n° 3, enero-junio 1977, pp. 41-75*.
- Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*.

Buenos Aires: FCE, 2000.

Rebérioux, Madeleine. *La République radicale? 1898-1914. Nouvelle Histoire de la France Contemporaine t.II*. Paris: Seuil, coll. Points Histoire, 1975.

Souto Kustrín, Sandra. “Introducción: Juventud e Historia”. *Hispania*, vol. LXVII, nº225, enero-abril 2007: 11-20.

Ugarte, Manuel. “Rubén Darío. *España contemporánea*”. *El País*. Buenos Aires, 10 de julio de 1901: 3
Crónicas del Bulevar. Paris: Garnier, 1902.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona : Península, 1980.